

El parlamentarismo búlgaro

León Trotsky

29 de noviembre de 1912

(Versión al castellano desde “Le parlementarisme bulgare”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 271-273; también para las notas. Publicado *Kievskja Mysl'*, número 322, 29 de noviembre de 1912.)

En lo que respecta a los asuntos internos, los partidos búlgaros que se alternan en el gobierno hablan todos más o menos el mismo idioma, salvo algunos matices en un sentido u otro. Todos toman prestado de una u otra fuente europea, subvencionan la industria local con medidas proteccionistas, mantienen el militarismo e imponen cargas fiscales excesivas. Por consiguiente, desde el punto de vista de las grandes masas, especialmente en el campo, da lo mismo qué partido esté al mando.

Cuando, en 1908, el príncipe llamó al poder a los demócratas (en un tiempo llamados karavelovistas), los periódicos preguntaron a su líder Malinov¹:

- ¿Con qué medios democráticos piensa conseguir la mayoría en el parlamento, dado que en la asamblea anterior su partido obtuvo un total de seis escaños?

- Confío en las masas populares no organizadas, respondió Malinov.

Su cálculo no era erróneo, ya que en las elecciones obtuvo 166 de los 203 escaños.

El *partido* de los indiferentes y los no adscritos políticamente es, por razones comprensibles, numeroso y, por tanto, determina con sus votos el resultado de las elecciones. Ni que decir tiene que este partido siempre está dispuesto a apoyar a quien llegue al poder. Al provinciano apolítico, al campesino, al hombre de la calle de Sofía (todos ellos decepcionados, por no decir engañados, por todos los partidos sin excepción) debe parecerle más ventajoso apoyar al partido encargado de formar gobierno que a la heterogénea cofradía de la oposición. En efecto, en virtud de su estatuto, el gobierno puede actuar, puede hacer algo para cumplir sus promesas, mientras que el partido que está momentáneamente en la oposición es, por las mismas razones, incapaz de hacer nada por sus electores.

Lo que acabamos de decir no significa que, en sus treinta y cinco años de existencia, la Bulgaria libre no haya madurado en vínculos y tradiciones políticas. Las masas políticamente amorfas no constituyen ciertamente el ochenta por ciento del electorado, aunque cada nuevo gobierno obtenga el ochenta por ciento, o incluso más, del número total de escaños.

La causa de esta flagrante desproporción hay que buscarla en el sistema electoral. La ley electoral búlgara no prevé la segunda vuelta. El gobierno puede tener una minoría de los votos emitidos en el país, pero esto puede bastarle para tener una superioridad relativa sobre todos los partidos de la oposición considerados por separado en una buena parte de los colegios electorales, lo que le permite obtener una mayoría aplastante de escaños. La masa electoral de votantes sin partido no es lo suficientemente grande como para dar al gobierno una abrumadora mayoría absoluta de votos, pero sí lo suficiente como para garantizarle una superioridad sobre cada partido de la oposición. Y esto conduce a este resultado paradójico: la mayoría del pueblo vota a la oposición, pero en el parlamento domina, indiscutiblemente, un partido que tiene a su favor menos de la mitad del electorado; la mayoría absoluta de los votos se ha repartido infructuosamente entre varios partidos que se diferencian muy poco entre sí y se distinguen del partido gubernamental sólo porque en su momento no tuvieron la ventaja y los beneficios de estar en el poder.

Esta última razón, puramente técnica, de los triunfos gubernamentales podría eliminarse fácilmente. El sistema de representación proporcional, ya aceptado por el parlamento y probado en dos colegios electorales durante las últimas elecciones, daría sin duda una nueva fisonomía al parlamentarismo búlgaro, al poner fin a la escandalosa disparidad entre los votos emitidos y los escaños obtenidos. Pero el principal factor de la lucha política (la masa de personas sin partido que se aferran al carro del partido que esté en el poder) seguirá determinando el curso y el resultado de las elecciones durante mucho tiempo.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ Alejandro Malinov. Nació en 1867 en Besarabia. Estudió derecho en Kiev y luego trabajó como abogado en prácticas. En 1899 adoptó la nacionalidad búlgara. Fue elegido diputado a la asamblea y pronto se convirtió en uno de los parlamentarios más conocidos. Tras la muerte de Karavelov, se convirtió en el líder del partido democrático. En 1908, Malinov sustituyó a Gudev como primer ministro y las elecciones parlamentarias celebradas en el verano de ese año le dieron una amplia mayoría en la cámara. Durante su mandato como primer ministro (5 de octubre de 1908), Bulgaria fue declarada estado independiente. En marzo de 1911, Malinov dimitió, dejando su puesto a Gesov. Durante la guerra mundial, estuvo en la oposición. Después, tras la caída del gobierno de Radoslavov (junio de 1918), fue nombrado de nuevo primer ministro, pero dimitió en octubre del mismo año.